

LA SEMANA.

PERIODICO POLITICO Y LITERARIO,

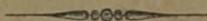
Escrito por el Sr. D. José Mármol, y publicado por la imprenta URUGUAYANA.

UM. 26.

MONTEVIDEO

NOVIEMBRE 3 DE 1851.

PARTE POLITICA.



SEÑOR REDACTOR DE LA "SEMANA."

Buenos Ayres 27 de Octubre de 1851.

Ay, amigo mío! y que deseoso estoy de darle un fuerte abrazo, y cuanto deseo que le mande mudar el *Prince* en que ha de parar á Montevideo este su muy atento criado, gozar un poco de ese aire de libertad de que usted tendrá llenos los pulmones; mucho mas ahora que comienza en ese pais la poca tan deseada de su paz y de su tranquilidad, que habrá de ser sólida y duradera segun lo entiendo!

Y no quiero decir con eso que en este su pais de usted no haya sacado yo por resultado de mis estudios, que hay tambien su buena dosis de libertad, por mas que la fiebre política de los enemigos del gobierno se empeñe en desconocerla y negarla.

Un hombre puede aquí, por ejemplo, abordar la prensa con libertad; pues existe aquí el mismo sistema con relacion á la prensa, que en otro tiempo existía en Madrid, segun el muy sábio y venerable *Beaumarchais*; el cual consiste en dejar á los hombres una perfecta libertad de escribir siempre que no hablen de política, de la autoridad, del culto, de la moral, de los empleados, ni de persona en buena posicion; cosas todas que arrastran inmediatamente los pueblos á la anarquía. Pero en cambio de estas pequeñas restricciones, usted puede hablar cuanto le dé la gana, y decirles de una hasta ciento, con la mas completa libertad, desde al Emperador del

Brasil hasta la última ordenanza del Conde de Caxias; y desde el jeneral Urquiza hasta el último loco de todos ustedes.

Además de esto, yo he observado y me complazco en decírselo á usted como lo diré en todas partes del mundo donde vaya, que todo hombre goza aquí de una ilimitada libertad para salir á la calle á la hora que le dé la gana, á escepcion de aquellas en que no le es permitido salir por las ordenanzas militares.

Como diré tambien que no es cierto lo que se ha dicho siempre en Montevideo, de que en Buenos Ayres los hombres se visten al capricho de la autoridad, pues todo hombre puede ponerse aquí el fraque ó el leví-ta que le dé la gana; calzon con tiros ó sin ellos; gorra ó sombrero; bota ó zapato; todo cuanto se quiera, en una palabra, no teniendo mas obligacion que la de traer siempre la divisa y el chaleco punzó, bigotes y barba abierta.

Tampoco es cierto que tenga uno una positiva necesidad de hablar lo que no cree, ó de alabar lo que no le gusta, porque todo hombre tiene aquí el derecho de decir si la ópera le gusta ó no le gusta: de lo cual se deduce por una lójica terminante, que no hay tal sistema jeneral que imponga leyes á la palabra humana en este país.

Así es que no son esas pamplinas de libertad las que positivamente me obligan á dejar esta ciudad de Buenos Ayres y Puerto de Santa María; sino que la verdadera causa, es una especie de inquietud que se ha apoderado de mí, de ser presa mas ó menos tarde de esa rara epidemia que miro desenvolverse rápidamente bajo estos climas privilegiados antes por la mano de Dios, é in-festados ahora por el soplo del diablo.

Hablo á usted amigo mío de esa epidemia de demencia que empezó á desenvolverse en Entre-Ríos; que se ha estendido rápida-

mente en todo el Estado Oriental; y que está entrando como por su casa en la cabeza de todos con cuantos aquí hablo.

No bien encuentro un hombre y le tomo la mano, cuando ya conozco que está enfermo y me separo de él.

Y lo peor de todo, es que la locura ha empezado por la cabeza del Estado; es decir por el Señor Gobernador.

Ayer fui á llevarle un proyecto de plan político, que no puedo comunicárselo á usted todavía, pero que indudablemente se presentaría al gobierno y al país de la invasión que lo amenaza.

Y cuando yo pensé encontrar á S. E. ocupadísimo con los graves asuntos de actualidad, me lo hallé revisando un millar de tarjetas de invitacion para el gran baile que se dá mañana.

Malo! pensé, la cabeza no está buena, Señor Escelentísimo—le dije—mire V. E. que la cosa no está para bailes. Mire V. E. que el loco se le viene encima, y que parece que no es hombre de andar con miramientos hácia la ilustre persona de V. E. Déjesle de bailes, y oigame á mí.

—Yo me oigo á mí mismo solamente Señor Anrumarrieta—me contestó—yo docto este baile para que vean que no le tengo miedo.

—Sí, Señor Escelentísimo, V. E. no le tendrá miedo; pero eso no quiere decir que si V. E. sigue ocupándose de bailes, él no se ha de venir á hacerle una visita en su propia Quinta.

—Entonces cree usted que yo me duermo?—me contestó.

—Nó, Señor Escelentísimo, no creo que V. E. se duerme, pero creo que está soñando despierto; puede ser que V. E. sea sonnámbulo y que esté dormido sin saberlo. No hay que mirarme tan sério, Señor Escelentísimo; esta es cuestion de números: V.

E. tenía un ejército en el territorio Oriental; hoy no lo tiene. El enemigo de V. E. pasó el Uruguay con cinco á seis mil hombres de caballería, y hoy está bajo sus órdenes todo el que era antes ejército de V. E. V. E. está solo; y él tiene por aliado al Brasil cuyo ejército en campaña opera en combinacion con el suyo; y al gobierno Oriental que pone en la cruzada una division de sus mejores tropas. V. E. está desconfiando de todo el mundo, el loco tiene confianza en todos, porque todos los pueblos de la República están por enfermarse de la misma locura. El vá á invadir la provincia con un ejército de treinta mil soldados; V. E. no puede poner, ni veinte mil reclutas. El trabaja con actividad en la iniciativa; V. E. pierde el tiempo de su defensiva en bailes, y cartas á los gobernadores de las provincias que no le han de contestar sinó segun el rumbo que tomen los sucesos.

Por todo esto, yo estoy tomando cierto olor en cuanto me rodea en esta casa.

—Olor! ¿olor á qué?—me contestó un poco descompuesto y pálido.

—Olor á muerto, Escelentísimo Señor.

Esta barbaridad que le dije, propia de mi franqueza española y de mi carácter republicano, causó tal impresion en el sensible corazón de S. E., que unas gotas de sudor gruesas como granos de maíz empezaron á deslizarse por su rostro.

Mudé de conversacion en el acto, y poco á poco S. E. fué restableciéndose, y volvió poco á poco al asunto del baile que parece ser el carácter de la enfermedad mental que se ha apoderado de su espíritu.

—Señor Anrumarrieta—me dijo—usted es un hombre de talento, y quiero consultarle el programa del baile que me ha costado muchas noches de meditacion, y que todavía puede reformarse si no le parece á usted bien; porque tenga usted entendido

que de esta fiesta yo voy á sacar grandes resultados en favor de mi causa, y en ruina de Urquiza.

—Malo!—dije para mí mismo—La locura es rematada.

—Señor Escelentísimo—le dije—yo no entiendo una palabra de programas de baile, pero oiré lo que V. E. quiera leerme.

Y S. E. llamando á su hija y recomendándola que nadie lo interrumpiese, porque estaba ocupado de los asuntos nacionales, estendió un pliego de papel sobre la mesa y leyó:

PROGRAMA

Del baile dedicado á la Señorita Doña Manuelita de Rosas y Escurra, por el Comercio Nacional de Buenos Ayres.

INVITACION.

La Comision Directiva se presentará en casa del Jefe Supremo de la Confederacion Argentina á invitar á la Señorita Doña Manuelita.

Inmediatamente despues se repartirán las tarjetas de invitacion, sirviendo cada tarjeta para una sola persona.

Las tarjetas de Señora serán de distinto color y tamaño á las de los hombres.

Al repartir las tarjetas se rogará á las personas invitadas que las devuelvan con anticipacion en caso que no puedan asistir, por motivos plenamente justificados.

Las tarjetas serán presentadas por los concurrentes, á la Comision que recibirá á la puerta de la casa.

RECIBIMIENTO.

Las comisiones, reunidas hasta el número de treinta personas, estarán precisamente en la puerta de entrada á las nueve de la noche.

A medida que las familias se vayan pre-

sentando, individuos de la comision acompañarán á las Señoras hasta la puerta del salon de tocador; y esperarán allí á que las Señoras salgan para conducir las al salon del baile.

La Señorita Doña Manuelita y su comitiva.....

—Porque quiero que vaya con ella Juanita Sosa—dijo S. E. interrumpiendo su jectura, y prosiguió en seguida:

La Señorita Doña Manuelita y su comitiva, será acompañada en el mismo orden, por el presidente, y colocada en el salon, en el lugar de distincion que está destinado para ella.

Al presentarse la Señorita Doña Manuelita en el salon, se quemarán 21 bombas y la orquesta ejecutará la marcha Nacional y el himno *Loor Eterno*.

Entonces dará principio el baile.

Los caballeros dejarán sus sombreros y capas, en la pieza destinada para esto, tomando allí un billete numerado.

Iguales billetes se darán á las Señoras para reclamar despues sus rebozos.

—Sus rebozos, Escelentísimo Señor!

—Qué, no está bien así?

—Yo pondría chales, ó capas.

—Bah! lo mismo es! Bueno: chales; ya está—dijo despues de haber puesto chales en lugar de rebozos, y prosiguió:

BAILLE.

El salon estará dividido en cuatro secciones, y dos bastoneros cuidarán del orden en cada una de ellas.

Los bastoneros llevarán un lazo de cinta punzó en el brazo izquierdo.

Una gran tarjeta anunciará lo que se ha de bailar, colocada al frente del galpon en que esté la orqueta.

—Como del galpon, Escelentísimo Señor?—le pregunté admirado.

—Pues! el lugar en que ha de estar música.

—Ab, el palco!

—Vaya lo mismo es—y escribió palco donde decia galpon.

En seguida continuó:

ANBIGÚ.

A la una en punto entonará el coro el himno dedicado por el comercio á la hija del Jefe Supremo del Estado; y se abrirán las puertas del salon del ambigú.

Anticipadamente los bastoneros repartirán á sesenta caballeros tarjetas de entrada al comedor, para que cada uno conduzca á la mesa dos Señoras á quienes atenderá en pié durante la cena; esceptuando de este orden la primera vez.

Algunos Señores designados por la comision pronunciarán brindis alusivos á esta festividad.

Luego que dejen la mesa estas ciento veinte Señoras, entrarán otras tantas conducidas por otros sesenta caballeros, á quienes se habrá dado billetes de entrada durante la permanencia de los primeros en el comedor.

Así sucesivamente serán llevadas á la mesa todas las Señoras.

En seguida de ellas entrarán á cenar los caballeros, con tarjeta de entrada, repartidas oportunamente. Durante todo el servicio deberá reinar el mayor orden, guardando en los brándis el decoro y la moderacion necesaria para no emborracharse, y que exija la presencia de la hija de S. E., no obstante que pueden espesarse con entera libertad sobre el pérfido gabinete Brasilerero, y el loco traidor salvaje unitario Urquiza, y los infames unitarios, y sobre el titulado ejército que tienen.

RETIRADA.

Quando la Señorita Doña Manuelita se retire, acompañada en la misma forma en

que fué recibida, ejecutará la orquesta los himnos Nacional y *Loor Eterno*, se quemarán veinte y una bombas, y terminará el baile.

Las Señoras y caballeros ocurrirán con los billetes que recibieron á su entrada, á recojer los objetos que les pertenezcan, teniendo mucho cuidado con las equivocaciones, y no permitiendo que entre Larrazabal hasta que todos hayan salido.

CARRUAJES.

Para llegar á la casa del baile, los carruajes vendrán por la plaza de la Victoria y la calle *Reconquista*, y luego pasarán á la plaza 25 de Mayo, donde se formarán en órden á los costados de la Recova.

Al retirarse entrarán por la plaza 25 de Mayo, y seguirán por la plaza de la Victoria, y calle *Reconquista*.

El órden estará cuidado esteriormente por vijilantes de policia á pié y á caballo, investidos con facultades estraordinarias para los casos que ocurran.

FIN DEL PROGRAMA.

—Qué tal?

—Superior, Escelentísimo Señor.

—Superior eh?

—Magnífico.

—Que dirá Urquiza cuando lo vea?

—Si caé muerto, Escelentísimo Señor.

Sin embargo se me ocurre una cosa: y es que si la Señorita Manuela tiene la desgracia de enfermarse cuando entre á la sala, el baile se enferma y se muere, segun lo que está dispuesto en el programa.

—Sí, pero no puede ser de otro modo.

—Claro está que no puede ser de otro modo—le dije, persuadido que el hombre está verdaderamente enfermo.

Y despues de infinitos detalles que comu-

nicaré á usted personalmente cuando nos veámos, me vine á mi casa con la mision muy ordenada y recomendada por S. E., de escribir los discursos que han de pronunciar en el baile los Señores Doctores Don Baldomero Garcia, y D. Lorenzo Torres.

—Esto me incomoda ¿pero qué he de hacer? El atraso de estos pueblos es lamentable, y un hombre como yo, tiene que ser á cada momento incomodado por los que lo rodean.

Reservo todo lo que es de fondo y de alta política para el momento en que nos veámos porque no tengo bastante confianza en las cartas, sin escluir las cartas jeográficas, y constitucionales, porque por las primeras mas de un buque ha dado un tropezon contra las piedras, y por las segundas á mas de un crédulo le ha pasado un chasco.

Así, mi querido amigo, crea que tengo mas prisa por salirme de aqui que si estuviera interviniendo en algo; y mas ganas de abrazarlo que si usted fuera Urquiza, y yo este pueblo de locos en que usted nació.

Dé usted muchos recuerdos á D. N. N. y á D. N. N., y espere á su apasionado amigo.

Francisco Anrumarieta.

—e—e—e—

Desde el 25 del pasado cesó en la redaccion del *Comercio del Plata* el Señor D. Valentin Alsina que con una labor y una contraccion la mas honrosa, desempeñó la difícil tarea de escritor público, desde Junio de 1848.

Sobre las pájinas ensangrentadas de ese diario destinado á costar la vida de su fundador, el Señor Alsina hizo la mas completa abnegacion de sí mismo, é hizo á la libertad Argentina el sacrificio de escribir solo y día á día sobre estas cuestiones nuestras, siem-

pre tan áridas, tan llenas de inconvenientes personales, y siempre tan infructuosas en todo sentido.

Por la patria, por la libertad; solamente por esos ídolos de los corazones nobles, puede explicarse en el Río de la Plata la contracción á la prensa, en ciertos de sus hijos. Pues no hay jénero de dificultades con que no tengan que luchar para cumplir su sacerdocio mas bien que su vocacion.

Y los que sabemos comprender eso, tributamos al Señor Alsina el homenaje de respeto que le es debido por su contracción de tres años largos en la penosa tarea que se impuso; y mucho mas que esto, por los trabajos históricos con que ha ilustrado á sus contemporáneos, en las columnas del *Comercio*.

El debate político ha sido siempre sostenido victoriosamente por el distinguido escritor; y la prensa de Rosas ha tenido que enmudecer mas de una vez ante las poderosas demostraciones de su contrario, bañadas siempre en la luz clarísima de la verdad.

Con el espíritu de nuestra comun causa, y con el afecto sincero de la amistad felicitamos al noble escritor, por los trabajos con que ha afianzado su reputacion de tal, y por los días prósperos que se anuncian en el horizonte de nuestra patria, cuya libertad es el único premio ambicionado por los hombres como el Señor Alsina.



El día 31 del pasado se embarcó el Señor Jeneral Urquiza con toda la infantería de su ejército y partió al siguiente para la provincia de Entre-Ríos; despues de haber completado la primera parte de su grande obra, y de haber permanecido ciento y dos días en el Estado Oriental; no habiendo necesitado sinó ochenta para cumplir aquella.

La nueva campaña que vá á abrir inme-

diatamente sobre Buenos Ayres, vá á dar por resultado el complemento de la magna y rápida revolucion que se ha operado en estos países despues de su independencia política. Y la mente humana es estrecha para abarcar todas las ulterioridades de un suceso que, estirpando un orden de cosas escepcional y violento, establecido sobre la sociedad argentina en el espacio de veinte años, vá á dar por resultado inmediato la reaccion de la libertad sobre el despotismo; de la civilizacion sobre la barbarie.

El Sol de Diciembre vá á ver decidirse la suerte de la República Argentina. Pero no hay que dudarlo: se decidirá en favor de la libertad; pues aun cuando hubiéramos perdido la esperanza de que el sentimiento de aquella existiera todavía en el corazón de nuestros compatriotas; aun cuando se nos convenciera de que la dictadura que pesa sobre ellos ya se ha hecho una vida normal de ese pueblo; aun cuando, en fin, los hechos demostrasen que los habitantes de la provincia de Buenos Ayres, por una aberracion de la naturaleza humana, peleaban contra los libertadores, en defensa de la tiranía que los oprime, siempre nos quedaría por respuesta concluyente la cifra de 25 á 30 mil soldados que ván á las órdenes del jeneral Urquiza, á encontrarse con montones de ciudadanos arrancados de sus casas para formar batallones improvisados.

El verdadero poder militar del Dictador, hace once años que no ha consistido en otra cosa que en su grande ejército que hizo las campañas de la República Argentina en 1840 y 41, y que vino despues á establecer el sitio de Montevideo; como igualmente la provincia de Entre-Ríos cuyos hijos, soldados todos, han constituido despues de muchos años la vanguardia de los ejércitos argentinos.

Pero el grande ejército está ya unido á los soldados de las heróicas provincias de Corrientes y Entre-Ríos, y marcha con ellos á la fácil pero inmortal cruzada á que los ha llamado el jeneral libertador.

El los lleva. La bendicion de Dios vaya con él, como vá con él la esperanza de sus compatriotas!



Después de la nueva situación de la República Oriental, que raya desde el 8 de Octubre, se hace sentir en Montevideo la necesidad de periódicos nacionales que se ocupen de los acontecimientos interiores del país.

Pocas veces se presenta en un pueblo ocasión más propicia para que los jóvenes se valen para establecer una reputación política por medio de la prensa, que la que hoy presenta Montevideo.

Se atraviesa por la época de la reconstrucción orgánica de la sociedad.

Antes del 8 de Octubre, todo estaba disuelto.

Después de ese día se organizan los elementos que han de constituir la existencia uniforme y constitucional del pueblo.

Y un momento así, es solemne; fija época en la historia; y los hombres que alzan la voz para interpretar el sentimiento de conciencia pública, para despejar del error la inteligencia popular, y fijar netamente la verdad y las necesidades del presente, siempre oído por el pueblo, y oído con respeto desde que sus doctrinas lleven el sello de la buena fé y del patriotismo.

Las trabas que hasta ahora tenía la prensa, han dejado de existir ya desde que se ha entrado el orden constitucional, según las declaraciones del gobierno; y la libertad de imprenta que por esas declaraciones queda existente, dará á los escritores nacionales toda la amplitud legal para la emisión de sus ideas.

Así, todos desean la aparición de un periódico nacional; y no vacilamos en asegurar que establecido que fuese un diario oriental, ayudada su redacción política por una parte comercial llevada con esmero, daría hoy muy felices resultados á la empresa.



Señor Redactor de la SEMANA.

Buenos Ayres 29 de Octubre de 1851.

Algo mío: he comido por mí y por toda la federación, en el gran baile de anoche, después de haber echado un sueño de ocho horas, me levanto bostezando á avi-

sarle que dicen que todo ha estado muy bueno, aunque yo no he visto sino la mesa. En el *Prince* me voy á ver á usted cargado con todas las barbaridades que he oído y que he dicho; y entretanto le remito esos detalles que ha publicado el *Diario de la Tarde*.

Doña Mercedes Rosas con quien bailé una polka, según me lo dijeron pues yo no sé lo que bailé, le manda á usted muchos recuerdos; y le manda un abrazo su soñoliento y repleto amigo—

Francisco Anrumarieta.

LA ENTRADA.

Desde que oscureció, todas las inmediaciones del Coliseo estaban lujosamente iluminadas, y desde temprano flameaban sobre las azoteas multitud de pabellones diversos, sobre los que se levantaba la bandera Nacional. La fachada del edificio, merced á las reparaciones hechas, designaba ya la arquitectura del plano, y los postes en toda la estension que abraza, cubiertos por altas columnas pintadas al mármol, contenían también brillantes iluminaciones y vistosas banderas federales. Cinco bandas de música militar colocadas en la plaza, alternaban sus alegres himnos, y deleitando la numerosa asamblea de curiosos que poblaban las avenidas al Coliseo, saludaban desde el exterior la magnífica fiesta. Sobre los dos arcos principales de la portada, se leían al trasparente las aspiraciones nacionales: ¡Viva la Confederación Argentina! ¡Mueran los Asquerosos Salvajes Unitarios! ¡Muera el loco traidor Salvaje Unitario Urquiza!

A las 8 de la noche se elevó un globo magistuosamente de las azoteas del edificio, que impelido por una brisa suave del río, tomó la dirección del Oeste, como aéreo mensajero del júbilo de este pueblo.

La berja que da frente al Sud daba entrada á los convidados. Este vestíbulo estaba lujosamente alfombrado hasta el cordón de la vereda. Los carruajes, que llenaban los términos del programa, se colocaban en ór-

den en la plaza del 25 de Mayo. Una Comisión como de 20 caballeros recibía las damas á la entrada y las acompañaba hasta los Salones destinados á su *toilette*, donde los Señores de la Comisión habían previsto la mas delicada asistencia.

GRAN SALON DE BAILE.

Atravesando el estenso vestíbulo, se penetraba á una espaciosa antesala, cuyos tapices blancos y punzóes avivaban la luz de millares de bujías. Esta antesala era el tránsito inmediato al suntuoso salon de baile, de forma semicircular, y de una estension de 30 varas de largo y 26 de ancho. El espectáculo que ofrecía desde el primer momento, era deslumbrador, y la vista se perdía entre los adornos caprichosos, entre la multitud de objetos lucentes, entre el imán atrayente de las flores, entre el reflejo de multitud de espejos, que reproducían por millares los encantos que encerraba aquel recinto feliz.

El pavimento cubierto de paño punzó, daba una sombra mas seductora á las gracias argentinas. La testera principal del Salon contenía el estrado destinado á Manuelita Rosas, y á un cortejo de Señoras respetables, esposas de los jenerales y camaristas del país, que la acompañaban, y sobre el cual se habían colocado entre banderas federales, los retratos del jeneral Rosas y de su digna esposa. A ambos costados del Salon, y á igual gradacion, se extendían los asientos de las Señoras, en tres órdenes. Á una altura de seis varas, sobre la portada principal del Salon, se elevaba el gran palco que contenía una numerosa orquesta, y desde allí se prolongaban á ambos costados, dos extensas galerías para la concurrencia, cuya balaustrada de un esquisito gusto estaba cubierta de dorados tapices. Á ambos costados del asiento de Manuelita, y sobre dos magníficos espejos, se veían dos cuadros colosales representando el uno á la América protegida por Apolo; y otro, á la Inocencia en peligro. (*) Todas las puertas que daban tránsito á los diversos departa-

mentos, estaban lujosamente colgadas de elegantes cortinados, sobre los cuales se notaba esta cifra:—J. M. R., con escepcion de uno de los frentes, que contenía las armas de la República.

El cielo raso ejecutado con esquisito gusto, producía un efecto singular. Un sol colorada cabellera servía de centro á los rayos atrevidos, blancos, y punzóes, que cubrían la techumbre, y desde allí se desprendía una espléndida araña, de trescientas luces adornada de flores y de cintas. Seis arañas de cristal rodeaban aquel gran foco de luz, y el favor de sus bujías se combinaba diestramente con las luces fijadas al muro.

El esplendor y la hermosura, esta combinación seductora, fascinando el espíritu subyugaba los sentidos al imperio irresistible de ese laberinto embriagador de los encantos celestiales y de las armonías de cielo.

Entre esa magnífica constelacion de estrellas brillantes se ostentaba la mas luciente en el firmamento argentino, llevando tras sí las miradas generales, y arrastrando con la seduccion de sus dotes preciosos, el corazón y la mirada de los circunstantes. Manuelita Rosas, estaba vestida con esplendor; su traje de un considerable valor, era de una estrema elegancia. Preciosos brillantes adornaban su cuello delicado y su graciosa cabeza, y un vestido de punto bordado de oro, color punzó, ceñía su esbelta figura.

La heroína de la fiesta fué recibida segun el acuerdo del Programa, por una Comisión especial, y al presentarse en el Salon, á las diez de la noche, se entonó la marcha Nacional, y el himno *Loor Eterno al magnánimo Rosas*.

Manuelita invitada á iniciar el momento del baile, lo hizo con un gracioso minuet en que la acompañó al Sr. Jeneral D. Agustín de Pinedo, y desde ese momento se hizo jeneral el movimiento. Las ligeras perejas se mezclaron ya en el rápido valz, las cuadrillas se sucedieron, los compromisos anticipados vieron llegar los instantes de una chancelacion deseada, y aquel cuadro primoroso de animacion y de vida fué ajitándose mas y mas.

(*) Este es Rosas.